

FALANGE Y UNIVERSIDAD

Si, como decía José Antonio, el servicio de España es algo eterno e in-sobornable; si es cierto (y cierto es) que España es ya una misión, después de haber sido un fin: si hasta el vivir es un servicio en alerta constante, en eterna lucha y en perenne espíritu de sacrificio, ahora, fuera de toda mezquindad universitaria, ya caduca, enfrentados a esa misma reacción liberal de que habla el camarada Tovar, en lucha—si el caso llegara, que no ha de llegar—contra nosotros mismos, contra las mismas entrañas de nuestro corazón examinemos si es posible substraernos al afán común de la política.

La Falange no es un medio y la Universidad, sí; un medio para los que en ella, desde ella y, luego, en su recuerdo, hacen también de su disciplina un acto de servicio y en guardia siempre en una conciencia y ciencia nacional. El medio, precisamente, ese futuro acto de servicio para con la Patria. El hombre, como dice Max Scheler, contiene todos los grados esenciales de la existencia; el grado de vivir no es, sin embargo, único; pudo serlo, pero no lo es. Hoy la Falange es mucho más que esta serie de grados que definen la posición del hombre en el Cosmos; quizá, ahora, quepa la posibilidad de que sea el Cosmos el que se sitúe ante el hombre o en el hombre como algo que ha sido creado y puede y debe ser defendido. ¿Cuál, entonces, sería la Misión de la Universidad integrada a la Falange—no la Falange a la Universidad?—Ciertamente, esa defensa del impulso hombre como conquistador y dueño del Cosmos. La Universidad es estímulo para una nueva lucha en una forma de vivir próxima; es, en realidad, una milicia en la paz, pero en pie de guerra siempre, milicia que cambia las armas por las letras o las ciencias, como armas de paz, pero armas de combate constantemente, porque su lucha es conquista de valores para la paz, como se conquistaron antes para la guerra. El hombre se gana asimismo en cada puesto o misión cuyo cumplimiento le ha sido impuesto como derecho propio y para sí. La Universidad no es, por ese destino, sino malde en que se hace, barro en que se modela los grados de que habla Scheler como esenciales de la existencia en el hombre, son, precisamente, los que le han de dar derecho a la posesión del Cosmos; a formar en su lugar en la Patria, y, por lo tanto, en el mundo. Por

esta razón, si la Falange es idea, forma y realidad, y, sobre todo, modo de ser, uno de sus balcones, de cara a España, y el de la Universidad, como lo es, también, el campo, que, tal vez, en el fondo, no deja de ser una Universidad de la naturaleza.

La Falange es política y, en política, como dijo José Antonio, hay obligación de llegar y llegar a la hora. La Universidad es hora también, porque tiene un mucho de llegada; es esa meta desde la que se ha de volver empezar de nuevo una lucha mejor, porque ya no es la lucha del individuo para sí, sino para los demás. He aquí uno de los puntos de contacto más firmes de la Falange con la Universidad: La Falange nada quiere para sí, porque es creadora; y la Universidad lo es asimismo. Ninguna política de tiempos pasados ha alcanzado esta identificación con lo que es norma del espíritu con lo que es disciplina intelectual, y lo alcanza más por ser ciencia y conciencia nacionales; por eso «La política ha de ser rigurosa en lo intelectual».

Falange es Universidad, porque Falange es Nación, Patria y Estado, porque la Universidad, al componer la Patria como institución—¡cuán claramente lo vió y dijo José Antonio!—, es Nación y es Estado. «La Nación es siempre un quehacer» y ¿qué cosa distinta a un quehacer es la Falange? Si la Universidad no hubiera sido creada ya, hubiese sido hoy una consecuencia de la Falange; habría sido hecha, formada, para ella. La Falange la ha tenido en cuenta, tan sólo, porque es esencia suya, como ésta, a su vez, esencia universitaria; pero, ahora, sin señoritisimos ni politiquerías, un poco de hombre a hombre, cara a cara.

Y, por cierto, la única política que la Falange, como modo de ser, ha llevado a la Universidad, es el hombre, el hombre de hoy hecho por ella para mañana o para cualquier momento en que lo necesite. La Universidad no es un refugio intelectual, sino una vigilia del espíritu, y acordaos de que José Antonio dijo que «se puede llegar al entusiasmo y al amor por el camino de la inteligencia».

Que otros caminos hay en España que ya llegaron y que también tienen su inteligencia particular: el campo, el taller. Porque para este eterno acto de servicio de los españoles, la Universidad, es una continuación de los campos y talleres de España.

FERNANDO GUTIÉRREZ

CLÁSICOS DEL MOVIMIENTO

Lo Nacional-Sindicalista: La Justicia

La existencia de España tiene que basarse en dos cultos: el culto a lo nacional, a la Patria, y el culto social, al Pueblo. Esa es la síntesis y el nervio del Nacional-sindicalismo. Sólo así haremos de España un hogar para todos los españoles y sólo así conseguiremos el orgullo de vivir en un pueblo libre y fuerte.

Lo Nacional-sindicalista, conduce, pues, a sustentar la vida histórica de nuestra Patria española sobre los más firmes pilares. Hace de todos nosotros soldados activísimos de la grandeza de España, como Patria justa, como bandera noble y eficaz frente a la brutalidad y a la explotación de los pueblos extranjeros.

Siglos y siglos de experiencia parece que no han servido todavía para que muchos se den cuenta de que la existencia nacional de España necesita de defensas permanentes que hay que estar alertas contra la voracidad de dentaduras enemigas. España ha sido siempre un pueblo de soldados. Sus más grandes empresas, la conquista y colonización de América, por ejemplo, fueron realizadas desplegando virtudes y valores de heroísmo y esfuerzo.

Queremos el imperio de la Justicia. Pero no sólo y concretamente para los españoles. Sino también, y sobre todo, para España. Hacer justicia a España y a su Historia es ponerla hoy con el esfuerzo y el sacrificio de todos los españoles a la altura de sus más grandes horas.

Todo cuanto hay que hacer debe reconocer esa meta como la primera y más alta. Para ello pedimos las demás cosas. Para ello queremos Escuelas, Sindicatos, Economía próspera, soldados, satisfacción popular, riqueza, ciencia, todo. El nacional-sindicalismo es, por eso, repetimos, la bandera más amplia, profunda y justísima que cabe hoy ofrecer a los españoles. No quedan ni quedarán fuera de ella sino los descastados, los egoístas y los traidores. Los que no necesitan Patria, los que piden justicia para ellos solos, los que han nacido bajo el signo de la traición y de la vileza.

Nosotros convocamos a todo cuanto hay en la Patria de limpio, esforzado, generoso y noble. Nosotros convocamos, en definitiva, a todo el pueblo español para decirle: Entre las filas Nacional-sindicalistas, organizate bajo sus banderas para la conquista de la cultura y el bienestar y para la lucha contra la barbarie, la ruina y la miseria.

RAMIRO LEDESMA RAMOS

Jalones de un camino triunfal

I. - Reafirmación de una postura

El viaje triunfal de nuestro Caudillo por tierras catalanas nos deja como jalones imperecederos de su paso, el eco de sus palabras, que son a un tiempo, doctrina de la Falange, norma del Estado, voz y postura de España.

En estos tierras tan ponderadas y serenas, tan sobrias en el entusiasmo, más propensas a la crítica que al alborozo estridente, Franco ha cosechado el mejor de los triunfos políticos, porque a la unanimidad del homenaje y a la cálida autenticidad del fervor popular, se ha unido el fino sentido político de un pueblo que desde el primer instante intuyó la trascendencia de sus palabras que siempre fueron desbordadas, enardecidas por el clamor del auditorio, en el momento preciso en que los conceptos por ellas expresados alcanzaban la cumbre aguda de su importancia histórica.

En este clima propicio a la voz de mando, a la consigna y, aún, por su fervor, a la confianza, Franco ha hablado, lanzando sobre el azul sereno de nuestro cielo y de nuestro mar, el dardo clásico de sus palabras, trémulas de fe y tenas de voluntad, falangista.

El genio político de Franco y su habilidad dialéctica, se han puesto de manifiesto una vez más, al conseguir aunar en sus discursos, lo histórico a lo permanente, la peripecia a la doctrina, de tal manera que aún siendo difícil en ocasiones separar lo transitorio,—lo que es mero oportunismo político, contra maniobras destinadas a aniquilar toda ofensiva presente o futura contra el íntimo sentido del Movimiento Nacional—de lo que es permanente—doctrina del Movimiento hecha ya carne y sangre del Régimen—siempre lo doctrinal envuelve y supera definitivamente a lo episódico que queda así en la simple categoría de juicio histórico y de advertencia, o mejor enseñanza, para el futuro.

Son éstos dos aspectos de los discursos de Franco los que intentamos poner de relieve, previa disección, que permita separarles debidamente. Y ello porque a su calidad de doctrina del Movimiento unen la enorme trascendencia que España ha percibido ya.

En Cataluña se ha enfrentado Franco con el espinoso y difícil problema, que, basado en un equívoco, se planteó en aquel día del mes de Abril de 1937, en que por decisión de nuestro Caudillo se dió vida y forma, en la Unificación, al Movimiento Nacional.

De entonces acá este equívoco ha ad-

quirido dimensiones peligrosas y su hipertrofia ha sido alimentada por la mala fe de muchos y el candor de unos cuantos.

Las palabras claras y rotundas de Franco han reducido el problema a sus justos límites. La advertencia final que las corona ha condenado al fracaso y a la traición todo nuevo intento en ésta línea, ya agotada de las maniobras antifalangistas.

En dos ocasiones se ha enfrentado nuestro Caudillo con este problema: la primera incidental y brevemente, en Tarrasa, ante las figuras venerables de tres veteranos de la guerra carlista, cuando habló de la esterilidad de un sacrificio; la segunda en el Fomento del Trabajo. Y fué aquí ante un auditorio, que como nadie en España ha sentido la angustia, el dolor y la crueldad de una etapa histórica que va desde un régimen sin contenido histórico, vacío e inerte, hasta el caos y la anarquía rojas, pasando por el sectarismo y la estupidez republicanas, donde pronunció palabras definitivas:

«Lo que dijimos el día de la Unificación muchos lo han oído y lo han comprendido, pero otros no lo comprenden» y este equívoco, «que se quiere llamar política y algunas veces se presenta como un problema, y tampoco lo es», Franco lo desvanece definitivamente: «Nosotros no dijimos nunca que fuéramos a restablecer la España que trajo la República, ni la España que perdió los pedazos más grandes de nuestra Patria...» y ello por dos razones principales—doctrinales—porque «cuando yo he hablado de la España Tradicional, no lo he hecho de la España de los privilegios» y porque «primero tenemos que hacer los cimientos, la base, sobre un pueblo, y cuando haga falta coronaremos esta obra, pero sobre esta doctrina, sobre esta hermandad de la Falange y sobre esta solidaridad de los españoles.» Y otra histórica porque «todo aquello cayó y se derrumbó, no porque viniera la República, ni por la masonería; se derrumbó porque había quedado hueco, porque faltaba la base, le faltaba el pueblo y sin su asistencia se derrumbó todo.»

Llamamiento a la unidad que no puede ser desoída, porque quienes sinceramente sienten a España; clara y rotunda advertencia para quienes sin sentir a España quieren maniobrar en la oscuridad, hoy con una corona, como ayer con un gorro frigio.

JOSÉ PALOMO

Lo religioso y lo nacional en las palabras del Caudillo

Ernesto Giménez Caballero publica en el número de «Arriba» correspondiente al pasado martes, un folletón titulado «Estilo y clasicismo: Las palabras del Caudillo en Cataluña», en el que hace unos acertados comentarios a los discursos que Franco pronunció en nuestra región, dividiendo a cada uno por los distintos temas de que trató y ofreciéndolos extractados bajo el epígrafe del tema. Publicamos a continuación dos de estos epígrafes: el religioso y el nacional.

El tema religioso

Toque áureo del tema religioso lo dió Franco, sobre el medievalismo roquero y tradicional del Montserrat—oponiendo, al pluralismo antiunitario de la medieval idea creadora, española y bendita de la «Unidad».

«La Historia de España está íntimamente unida a la de nuestros Monasterios.» «Ellos fueron los más esforzados paladines de nuestra Unidad.»

Si Franco—Caudillo católico—logró esta unidad española en Cataluña, fué «movido, sin duda, por nuestras oraciones», las de los monjes de Montserrat.

El tema religioso, en su aspecto educador y actual, lo tocó, singularmente, en su discurso a las Juventudes, en el Olimpia.

«Hemos venido a servir a Dios, porque España ha sido el pueblo predilecto de Nuestro Señor.» «Y el Frente de Juventudes es la obra predilecta del Régimen.» «¡Sed naturales! ¡Sed sinceros! Haced lo que más os mortifique y habréis servido a España, habréis servido a Dios o habréis servido a la Falange.»

El tema nacional

Si el tema religioso fué trazado en sus precisos fondos (Monjes, Juventudes), el tema nacional como una luz impalpable, llenó todas las junturas de sus discursos.